

XIX DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

Sabiduría 18, 6-9 Hebreos 11, 1-2. 8-19 Lucas 12, 32-48

***“Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá;
al que mucho se le confió, más se le exigirá”***

8 Agosto 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“LA FE ES SEGURIDAD DE LO QUE SE ESPERA, Y PRUEBA DE LO QUE NO SE VE”

Quería hoy comenzar con una frase que anima a vivir: *“Procura no envejecer con la horrible sensación de que tus miedos fueron más fuertes que tus sueños”*. Y pensaba en ello en este tiempo en que he podido acompañar a un grupo de matrimonios en una peregrinación a Alemania, recorriendo los lugares donde nació Schoenstatt para la Iglesia. Allí hemos podido beber de las fuentes originales y los sueños han brotado con fuerza en el corazón. Pensaba que necesitamos beber un agua nueva que nos haga olvidarnos de todo lo que muchas veces nos envejece casi sin darnos cuenta. Porque tenemos sed y necesitamos un agua que nos dé vida. Tenemos sed de vínculos verdaderos y profundos, en los que experimentar el amor humano, reflejo del amor de Dios. Por lo general esos vínculos no nos sacian por completo y tenemos que volver a buscar agua. Nuestra sed de amor continúa y sólo en Dios podemos ser saciados. Es la fuente que brota de nuestro Santuario, donde María se hace presente y colma el corazón del hombre. Tenemos sed de ideales que nos arranquen de la mediocridad, que no nos dejen conformarnos, que nos lleven a vivir de verdad. Pensaba que muchas veces nos conformamos y no aspiramos a demasiado porque no acabamos de creer en el poder de Dios, que saca de donde no hay y da lo que no tenemos. Nos conformamos con dar los talentos y dones que tenemos, cuando Dios logra dar lo que no poseemos. Hace poco una persona me confesaba conmovida lo que le sorprendía dar paz a otros, cuando él vivía sin paz. Dios lo hace posible. Por eso necesitamos beber de fuentes que nos enamoren de nuevos ideales, que nos permitan levantar la vista y seguir soñando. Por eso buscamos un agua nueva, esa fuente que brota de Dios y llega a lo más profundo del alma. Esa fuente que limpia nuestra fuente interior, para que brote de nosotros un agua nueva. **En este verano tenemos que buscar las fuentes que nos sacian de verdad. Las fuentes que calman nuestra inquietud. ¿Cuáles son las fuentes de las que bebemos?**

Con frecuencia vivimos sedientos y con poca vida en nuestro interior. Es como si nos dejáramos arrastrar por la vida sin resistirnos y sin poner nada de nuestra parte. **El otro día leía:** *“Lo que más nos desgasta energéticamente es el pensamiento negativo. ¡Y no digamos lo que nos debilita tener una discusión o una bronca con otra persona! Nos deja completamente vacíos. Lo que más sube nuestro nivel de energía vital es estar a gusto con los demás en cualquier contexto y frente a cualquier situación”*¹. Las discusiones, nuestro propio pecado, nuestros pensamientos negativos, van vaciando nuestro interior y nos hacen vivir en la superficie. Esa sed profunda nos debilita y puede hacernos perder la fe y la esperanza en la vida. Por eso es tan importante para el creyente volver la mirada hacia Dios. Hoy escuchamos: *“La noche de la liberación se les anunció de antemano a nuestros padres, para que tuvieran ánimo, al conocer con certeza la promesa de que se fiaban. Tu pueblo esperaba ya la salvación de los inocentes y la perdición de los culpables, pues con una misma acción castigabas a los enemigos y nos honrabas, llamándonos a ti”*. Sabiduría 18, 6-9. Dios es la fuente fundamental de energía y

¹ Alex Rovira, “El principito se pone la corbata”, 130

de vida y por eso esperamos, como el pueblo santo, que su presencia nos sane y colme nuestro ser. **Nuestro corazón se vacía fácilmente cuando no volvemos la mirada hacia la fuente verdadera, Cristo, que nos llena con su fuerza y con su luz.**

No queremos volver a tener sed, aunque sabemos que el alma se entretiene con los juegos de la tierra y puede olvidar que ha nacido para la eternidad. Nos lo recuerda S. Agustín: *“Cada cual es atraído por su deseo. ¿No va a atraernos Cristo? ¿Qué otra cosa desea nuestra alma con más vehemencia que la verdad? Y, ¿para qué desea tener sano el paladar de la inteligencia sino para descubrir y juzgar lo que es verdadero, para comer y beber la sabiduría, la verdad y la eternidad?”* Somos llamados a mirar con un corazón confiado la eternidad que nos es prometida. Sin embargo tenemos un serio peligro: experimentamos la sed y buscamos fuentes del mundo que la sacien sólo momentáneamente. Se nos olvida que la sed es una sed de infinito, insaciable. Se nos olvida que siempre vamos a tener sed y que sólo Dios podrá calmarnos. Por eso es tan importante soñar y lograr que nuestros miedos no venzan en nuestra debilidad. Cuando nos detenemos en las fuentes de la tierra lo hacemos sin dejar de mirar el horizonte. Sólo si cuidamos el deseo más profundo del corazón, el deseo de amar y ser amado, el deseo de dar la vida por amor, nuestra vida no será una vida desperdiciada. **Habremos hecho realidad lo que soñamos.**

Recorriendo los lugares santos en Schoenstatt, pensaba en las palabras del P. Kentenich dichas en otro contexto, pero que se aplican a nuestra realidad: *“Tierra santa es ésta, porque la María ha escogido este terruño; tierra santa, porque en el transcurso de los años, de los decenios y de los siglos, desde este lugar saldrán, crecerán y trabajarán fecundamente hombres santos. Éste es un lugar santo, finalmente, porque desde aquí se impondrán santas tareas, es decir, tareas que santifican, sobre débiles hombros”*². Tierra santa es Schoenstatt en Alemania, tierra escogida por María para establecer su morada, su fuente, para dejar que brotara una vida nueva para el mundo. Tierra santa es ésta, nuestra tierra, donde brota la vida a partir de nuestros Santuarios. Tierra santa es nuestro corazón, porque allí Dios quiere colocar su deseo de hacer con nuestras vidas una verdadera obra de arte. Nos cuesta tener fe. Nuestra mirada es demasiado humana. Soñamos poco. Nos conformamos con pensar con las categorías del mundo. Hacemos planes y pensamos en lo que va a ser de nosotros de ahora a 5 o 10 años. Más nos parece algo inabarcable. Sin embargo, estamos construyendo para la eternidad. Sembramos semillas que llevan en su interior una promesa de plenitud. No queremos conformarnos con ser buenas personas, sólo buenos, queremos ser santos. Estamos dispuestos a entregar nuestra vida para que Dios haga con nuestro sí, con nuestra sangre derramada, un nuevo mundo. Porque nos gusta esta tierra y sólo queremos que sea posesión total de Dios. Para poder recorrer este camino le pedimos a María que nos regale su fe. Como dice **San Luis-María Grignion de Montfort**: *“Dios Hijo comunicó a su Madre cuanto adquirió mediante su vida y muerte, sus méritos infinitos y virtudes admirables, y la constituyó tesorera de todo cuanto el Padre le dio en herencia. María constituye su canal misterioso, su acueducto, por el cual hace pasar suave y abundantemente sus misericordias”*³. María es el acueducto que nos hace llegar el agua de Dios. Por eso volvemos la mirada a nuestra Madre, para que nos transforme, para que haga crecer esa fe débil que portamos. No queremos perder la esperanza y no es posible que la vida nos arrastre. **Necesitamos creer en la santidad que estamos llamados a vivir, porque de esta forma lograremos hacer realidad lo que soñamos.**

Hoy escuchamos hablar de una fe que transforma la realidad de los que han creído: *“La fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve. Por su fe, son recordados los antiguos. Por fe, obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad.*

² J. Kentenich, Homilía del 31 de Mayo de 1949 en Chile

³ Luis-María Grignion de Montfort, “Tratado de la Verdadera Devoción a María”, cap. II, N°24

Salió sin saber a dónde iba. Por fe, vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas - y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa -mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios. Por fe, también Sara, cuando ya le había pasado la edad, para fundar un linaje, porque juzgó digno de fe al que se lo prometía. Y así, de uno solo y, en este aspecto, ya extinguido, numerosos como las estrellas del cielo y como la arena incontable playas. Con fe murieron todos éstos, sin haber recibido lo prometido viéndolo y saludándolo de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad. Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac; y era su hijo único lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia.» Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para hacer resucitar muertos. Y así, recobró a Isaac como figura del futuro”. Hebreos 11, 1-2. 8-19. Impresiona escuchar la historia del pueblo de Israel y la fe de esos hombres que eran de barro como nosotros. Ellos creyeron contra toda esperanza y supieron ser fieles a la vocación a la que eran llamados, en su debilidad y en la oscuridad de su camino. No desconfiaron ni dejaron de soñar. Tomaron sobre sus hombros la carga y se pusieron en camino. **Abrahán y Sara son testimonio de esa fe que queremos tener.**

Sin embargo, nos falla con frecuencia la fe. Es tan dura a veces la realidad que no somos capaces de ver en la oscuridad y entender que bajo la tierra corre el agua de la fuente y está enterrado un tesoro que llenará el corazón. Vivimos a oscuras y nos distraemos, por eso hoy Cristo nos invita a estar atentos y a renovar nuestra fe: *“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos talegas que no se echen a perder, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón”*. Jesús quiere que los suyos no teman, porque sabe que su fe es débil y pierden con prontitud la esperanza. Quiere que almacenen tesoros en el cielo y no en la tierra. El **P. Kentenich** dice: *“La naturaleza del hombre es muy débil. Si no puede descansar en la misericordia de Dios, se quiebra continuamente”*⁴. Somos desvalidos si no logramos descansar en el corazón misericordioso de Dios. Sólo en su mar de misericordias recobramos la confianza y se fortalece nuestra fe. Cuando nos aseguramos con los tesoros de la tierra, nos acabamos vaciando y perdemos la mirada de Dios. Por eso hoy nos preguntamos: **¿Dónde tenemos enterrando nuestro tesoro? ¿Qué es lo que nos inquieta y lo que enciende nuestra vida?**

Nuestras pasiones nos llevan de un lado a otro. Por eso, si no tenemos puesto nuestro corazón en el lugar correcto, podemos perder nuestra vida, nuestras energías, en tesoros que no merecen la pena, que son caducos y desaparecen. Decía **S. Eusebio**: *“Todo hombre depende naturalmente de aquello por lo que está apasionado y fija toda su alma en aquello que cree que puede darle todo lo que le conviene. Si alguno fija su atención y afecto en las cosas de la vida presente, únicamente se ocupa de las cosas de la tierra. Pero si se fija en las del cielo, allí tendrá su corazón”*. La vida nos atrae, el corazón se queda prendado de realidades llenas de vida. Todos tenemos nuestro tesoro y sabemos que de aquello que está lleno el corazón habla la boca. El **Santo Cura de Ars**, a quien hemos recordado esta semana, nos invita a soñar más alto, a no quedarnos anclados en la tierra: *“El tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro. El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo”*. Es una doble misión para nuestra vida: oración y amor. Son dos misiones en la vida que van siempre unidas. La oración hace crecer el amor y el amor alimenta la oración. **¿Cómo es nuestra oración? ¿Cómo es la calidad y profundidad de nuestro amor?**

⁴ J. Kentenich, 1966

Cuando en nuestra oración volvemos la mirada hacia Dios, entendemos dónde debería estar nuestro tesoro. Cuando vivimos así podemos repetir las palabras del salmo:

"Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad. Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti". Sal 32, 1 y 12. 18-19. 20 y 22. Así quisiéramos vivir siempre y volver una y

otra vez a beber de las fuentes que limpian nuestro corazón y nos llenan de vida. Decía el Santo Cura de Ars de la oración: "Vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros". El agua de esas fuentes, de las fuentes escondidas en el corazón de Dios y de nuestra Madre, nos hace vivir con una paz nueva que viene de lo más alto, ensancha nuestro corazón y nos capacita para amar con el amor de Dios. Para ello tenemos que desprendernos de todo lo que nos ata, de lo que nos pesa. Por eso el Señor nos invita a dar limosna y desasirnos de nuestras propias cadenas. Dice S. Juan Crisóstomo: "Sin la limosna es imposible ver el Reino, porque así como se corrompen las aguas detenidas en una fuente, así sucede a los ricos cuando guardan para sí sus riquezas". Si regalamos lo que tenemos, si no dejamos que el agua se estanque en nuestro interior, brotará de nosotros un caudal de agua nueva que dará vida a muchos. Estamos invitados a dar y a darnos. Cuando nos vaciamos en la entrega, somos fecundos. Cuando nos guardamos y reservamos, caemos en el peligro de dejar que el agua se estanque en el alma y no llegue a nadie. Por eso me gusta siempre animar a todos a no guardarnos el tesoro que llevamos en nuestro interior. Si nos abrimos y entregamos lo que tenemos, nuestra misma vida será una fuente de vida en otros corazones.

Hoy se nos pide que estemos preparados y dispuestos a la acción en todo momento:

"Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo. Y, si llega entrada la noche o de madrugada y los encuentra así, dichosos ellos.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.» La disponibilidad está marcada por la luz y el servicio. Así lo explica S.

Gregorio Niceno: *"Porque la luz puesta ante nuestra vista rechaza el sueño y cuando nuestros lomos están ceñidos por el cingulo nuestro cuerpo no se duerme fácilmente".* Es una invitación a estar despiertos, porque, sin darnos cuenta, podemos despistarnos y caer en un sueño que nos haga perder la oportunidad de preparar el camino al Señor. **Servicio y luz** son dos invitaciones que nos hacen en este tiempo de verano. El servicio es fundamental, aunque sabemos que la tentación del alma es querer ser servida y atendida con prontitud. El servicio no nos resulta tan fácil, porque nos acomodamos. Preferimos ser servidos a servir. Sin embargo, cuando servimos es cuando nuestra vida merece la pena. *¿Cómo es la calidad de nuestro servicio? ¿Servimos con prontitud y alegría?*

La luz nos permite estar despiertos y atentos a todo lo que ocurre a nuestro alrededor.

Pese a todo, nos dejamos sumergir fácilmente en la oscuridad de nuestro pecado, en las penumbras de nuestra pobreza y mediocridad. Nos olvidamos de algo esencial: estamos de paso y, al mismo tiempo, en ese poco tiempo que tenemos, estamos llamados a realizar una obra de arte con nuestra vida. Por lo tanto, hoy gritamos con toda la fuerza de nuestro corazón: *"¡Despierta, alma dormida!"* Si nos dormimos, si dejamos pasar las horas, habremos perdido una oportunidad maravillosa de amar y ser amados. Nuestros peores pecados son los de omisión, porque no nos damos cuenta y muchas veces no los confesamos. Llevados por la inercia, no le damos tanta importancia a las oportunidades

perdidas. Nuestra inacción, sin embargo, siempre tiene consecuencias. No sólo por la ausencia de un bien para otros, sino porque nos va secando a nosotros. El no decidir lleva ya consigo una decisión. El no actuar impide que el bien crezca a nuestro alrededor. No dejemos de decir lo que queremos decir y no dejemos pasar la oportunidad de escribir aquello que hay en nuestra alma. No dejemos de hacer realidad tantos sueños que hay en nuestro interior, pensando que no podemos o que ya tendremos tiempo para ello. Aquí y ahora quiere Dios que se manifieste nuestra santidad. **Que el miedo no bloquee nunca nuestra voluntad de acción.**

Hoy las palabras de Jesús nos tocan directamente. No sabemos la hora ni el momento en que llegaremos al encuentro del Señor: *“Pedro le preguntó: «Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos?» El Señor le respondió: « ¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas? Dichoso el criado a quien su amo, al llegar, lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si el empleado piensa: "Mi amo tarda en llegar", y empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, llegará el amo de ese criado el día y a la hora que menos lo espera y lo despedirá, condenándolo a la pena de los que no son fieles. El criado que sabe lo que su amo quiere y no está dispuesto a ponerlo por obra recibirá muchos azotes; el que no lo sabe, pero hace algo digno de castigo, recibirá pocos. Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá. » Lucas 12, 32-48.* La vida es corta y nosotros somos sólo administradores de un tesoro que nos ha sido confiado. Se trata de una herencia que Dios quiere que llevemos a muchos corazones. La frase que hoy nos toca es aquella con la que acaba el evangelio: *“Al que mucho se le confió, más se le exigirá”*. Dios nos ha confiado mucho y espera nuestra respuesta. No es una amenaza que Dios nos hace para recordarnos que estamos llamados a la generosidad. Simplemente el Señor nos recuerda algo muy evidente, todo lo que hemos recibido gratis, tenemos que darlo igualmente de forma gratuita. Así ha de ser nuestra vida. Si hemos recibido mucho amor, si las gracias nos han colmado, si hemos tocado a Dios en muchos corazones, Dios nos va a pedir que no nos reservemos nada y que regalemos el agua recibida. Hemos sido bendecidos y por eso podemos bendecir. **Dios nos confía muchos tesoros y quiere que los entreguemos con alegría cada día de nuestra vida.**